

# EL CABALLERO FANTASMA

**Cornelia Funke**

Ilustraciones de  
Friedrich Hechelmann

Traducción del alemán de  
Carlos Fortea

Biblioteca Funke Ediciones Siruela

Para Ella Wigram,  
que fue el modelo para la heroína de esta historia.  
No hubiera podido inventar una mejor.

# 1

## Expulsado



**T**ení a once años cuando mi madre me mandó a un internado en Salisbury\*. Sí, admito que tenía lágrimas en los ojos cuando me llevó a la estación. Pero aun así me puso en el tren.

—A tu padre le habría gustado tanto que vayas a su antiguo colegio... —dijo, mientras se forzaba a sonreír, y el barbudo me dio una palmada en el hombro tan estimulante que estuve a punto de tirarlo a las vías.

El barbudo... mis hermanas habían trepado enseguida a sus rodillas cuando mi madre se lo trajo a casa por vez primera, pero yo le declaré la guerra en cuanto pasó el brazo sobre los hombros de mamá. Mi padre había muerto cuando yo tenía cuatro años, y naturalmente que le echaba de menos, aunque apenas me acordara de él. Pero eso no significaba que quisiera uno nuevo, y menos todavía un dentista sin afeitarse. Yo había sido el hombre de la casa, el héroe de mis hermanas, el ojito derecho de mi madre.

\* En la página 217 hay un glosario con información sobre los personajes reales que aparecen en esta historia, los lugares y también sobre algunos conceptos.

Y de pronto ella ya no se sentaba conmigo por las noches delante del televisor, sino que salía con el barbudo. Nuestro perro, que ahuyentaba a todo el mundo, le dejaba juguetes delante de los pies, y mis hermanas pintaban enormes corazones para él. «¡Es tan amable, Jon!» Tenía que oír eso una y otra vez. Amable, ¿qué tenía de amable? Convenció a mi madre de que todo lo que me gustaba era malo para mí, y de que veía demasiada televisión.

Lo intenté todo para librarme de él. Hice desaparecer una docena de veces la llave de casa que mamá le había dado, vertí una coca-cola sobre sus revistas de odontología (sí, existen revistas así), y le eché polvos pica-pica en el colutorio que estaba elogiando todo el día. En vano. Mamá no le puso a él en el tren, sino a mí. «¡Nunca subestimes a tus enemigos!», me diría más tarde Longspee. Pero, por desgracia, por aquel entonces yo aún no le conocía.

Probablemente mi destierro quedó decidido cuando convencí a mi hermana pequeña de que le echara la papilla dentro de los zapatos. Quizá también tuvo la culpa el cartel de «Buscado por terrorista» en el que puse su foto. Sea como fuere... habría apostado mis videojuegos a que fue el barbudo el que tuvo la idea del internado, aunque mi madre siga negándolo hoy.

Naturalmente, mamá se ofreció a llevarme en persona a mi nuevo colegio y a quedarse unos días en Salisbury —«hasta que te hayas acostumbrado»—, pero yo me negué. Estaba seguro de que tan sólo quería calmar su mala conciencia, porque tenía la intención de irse a España con el barbudo mientras, completamente solo, yo tenía que vérmelas con profesores desconocidos, la mala comida del internado y nuevos compañeros, de los que la mayoría sin duda serían más fuertes y mucho más inteligentes que yo. Aún no había pasado nunca más de un fin de sema-

na sin mi familia. No dormía bien en camas ajenas, y sin duda no quería ir al colegio en una ciudad que tenía más de mil años y encima estaba orgullosa de ello. Me hubiera gustado cambiarme por mi hermana de ocho años. Desde que leía *Harry Potter*, quería irse a un internado a toda costa. En cambio, yo soñaba con niños vestidos con espantosos uniformes escolares, sentados en salas tenebrosas delante de fuentes de papilla aguada y vigilados por profesores armados de bastones de más de un metro de largo.

Durante el camino a la estación, no dije una sola palabra. Ni siquiera le di a mi madre un beso de despedida cuando me alcanzó la maleta hasta el tren, por miedo a convertirme delante del barbudo en una cosa que sollozara como un niño. Dedicué el viaje a fabricar, con recortes de periódico, cartas que amenazaban al barbudo con una espantosa muerte si no dejaba en paz a mi madre. El anciano que estaba sentado a mi lado me miraba con una expresión de creciente alarma pero, finalmente, tiré las cartas al váter del tren, porque me dije que mamá comprendería de quién venían y eso le haría preferir aún más al barbudo.

Lo sé. Me hallaba en un estado lamentable. El viaje duró una hora y nueve minutos. Entretanto han pasado más de ocho años, y sin embargo aún me acuerdo con exactitud: Clapham Junction, Basingstoke, Andover... todas las estaciones parecían iguales, y a cada milla yo me sentía más rechazado. Al cabo de media hora me había comido todas las barritas de chocolate que mamá había metido en la bolsa (nueve, si no recuerdo mal. Tenía bastante mala conciencia), y cada vez que miraba por la ventanilla y todo se volvía borroso ante mis ojos me decía que el motivo no eran las lágrimas, sino las gotas de lluvia que escurrían por el cristal.

Ya lo he dicho. Lamentable.



Cuando, en Salisbury, saqué a tirones mi maleta del tren, me sentí al mismo tiempo asquerosamente joven y cien años más viejo que al salir. Desterrado. Expulsado. Sin padre, ni hermanas, ni perro que me ladrara. Maldito fuera el barbudo. Cuando dejé la maleta a mis pies, lancé al infierno una invocación para que en España hubiera algún tipo de enfermedad contagiosa que matara a los dentistas.

La rabia era mucho mejor que la autocompasión. Además, era una armadura útil contra todas aquellas miradas de desconocidos.

—¿Jon Whitcroft?

El hombre que me cogió la maleta de la mano y estrechó mi mano sucia de chocolate no tenía, al contrario que el barbudo, ni el menor rastro de barba. El redondo rostro de Edward Popplewell era tan lampiño como el mío (para gran preocupación suya, según habría de averiguar pronto). En cambio a su mujer le salía un bigotillo oscuro en el labio superior. Alma Popplewell también tenía la voz más grave que su marido.

—¡Bienvenido a Salisbury, Jon! —dijo, mientras, con un ligero escalofrío, me ponía un pañuelo en los dedos pegajosos—. Puedes llamarme Alma, y éste es Edward. Somos los directores del internado. Seguro que tu madre te ha dicho que vendríamos a esperarte, ¿no?

Olía tan fuerte a jabón de lavanda que me sentí mal, pero quizá también fuera por culpa de las barritas de chocolate. Directores... encima eso. Yo quería volver a mi antigua vida: mi perro, mi madre, mis hermanas (a las que a veces también habría podido renunciar) y mis amigos del viejo colegio... no un barbudo, no un director lampiño y no una directora enjabonada de lavanda.

Naturalmente, los Popplewell estaban acostumbrados a los

recién llegados con nostalgia del hogar. Edward Lampiño plantó con fuerza su mano sobre mi hombro en cuanto salimos de la estación, como si quisiera asfixiar en su origen cualquier idea de intento de fuga. Los Popplewell no tenían en mucha estima el coche (las malas lenguas afirmaban que la causa era el excesivo amor al whisky de Edward, y la firme convicción de que su regular consumo le haría brotar algún día un par de pelos en la barba). Sea como fuere, fuimos andando, y Edward empezó a contarme acerca de Salisbury todo lo que es posible contar en treinta minutos a pie. Alma sólo interrumpía a su marido cuando mencionaba fechas, porque Edward las confunde con facilidad. Pero hubiera podido ahorrarse la molestia. Yo no estaba escuchando.

Salisbury, fundada en las húmedas nieblas de la oscura antigüedad, 50.000 habitantes y 3,2 millones de turistas que querían mirar fijamente la catedral. La ciudad me recibió lloviendo a cántaros, y la catedral levantaba su torre sobre los mojados tejados como un dedo admonitorio señalando al cielo. *¡Escuchad, Jon Whitcroft y todos los hijos de este planeta! ¡Sois necios al creer que vuestra madre os quiere más que a nada en el mundo!*

No miré ni a izquierda ni a derecha mientras avanzábamos por calles que ya existían en tiempos de la última peste de Inglaterra. Edward Popplewell me compró un helado por el camino («El helado está rico aunque llueva, ¿verdad, Jon?»). En mi dolor existencial, yo ni siquiera fui capaz de darle las gracias, y en vez de eso imaginé manchas de helado de chocolate expandiéndose por su corbata gris pálido.

Era finales de septiembre, y a pesar de la lluvia los turistas se apiñaban en las calles. Los restaurantes pregonaban el *fish and chips* y el escaparate de una chocolatería resultaba realmente



atractivo, pero los Popplewell se encaminaron hacia la puerta que había en la vieja muralla, flanqueada por tiendas que vendían catedrales, caballeros y demonios de plástico plateado que escupían agua. Todos aquellos extranjeros que se apiñaban en la calle mayor con mochilas multicolores y paquetes con el almuerzo estaban allí por la vista que a uno le espera al otro lado de aquella puerta, pero yo ni siquiera levanté la cabeza cuando ante mí se abrió el atrio de la catedral de Salisbury. No tenía ojos para la catedral, cuya torre estaba oscurecida por la lluvia, ni para las viejas casas que la rodeaban como un grupo de sirvientes bien vestidos. Tan sólo veía al barbudo sentado en el sofá delante de nuestro televisor, a su izquierda mi madre, a la derecha mis hermanas, discutiendo por ver cuál de ellas se subía en sus rodillas, y Larry, el perro traidor, a sus pies. Mientras por encima de mi cabeza los Popplewell discutían acerca del año en que la catedral había sido erigida, yo veía mi cuarto desolado delante de mí y la silla vacía de mi viejo colegio. No es que nunca me hubiera gustado especialmente sentarme en ella, pero ahora su mero recuerdo hizo que se me saltaran las lágrimas... que me sequé con el pañuelo de Alma, apestando de lavanda (y, a esas alturas, marrón del chocolate).

Todos los demás recuerdos del día de mi llegada están envueltos en una niebla enferma de nostalgia, pero, si me esfuerzo, surgen un par de imágenes de contornos difusos: la puerta de la vieja casa en la que se alojan los discípulos del internado («¡Construida en 1565, Jon!» «Tonterías, Edward, 1594, y el anexo en el que dormiré es de 1920»), pasillos estrechos, habitaciones que olían a extraño, voces extrañas, rostros extraños, comida que sabía tanto a nostalgia que apenas pude tragar bocado...

Los Popplewell me habían asignado una habitación de tres camas.

—Jon, éstos son Angus Mulrone y Stuart Crenshaw —anunció Alma mientras me empujaba a la habitación—. Estoy seguro de que seréis los mejores amigos.

¿Ah, sí? Y si no, ¿qué?, pensé yo, mientras miraba los pósters que mis futuros compañeros habían colgado en las paredes. Naturalmente, había uno de un grupo musical al que yo odiaba. En casa tenía mi propia habitación, con un cartel en la puerta que anunciaba: «Entrada rigurosamente prohibida a desconocidos y familiares» (aunque la más pequeña de mis hermanas no supiera leerlo). Nadie había roncado encima ni debajo de mí. No había calcetines sudados en mi alfombra (salvo los míos), nada de música que no me gustara, ni en las paredes pósters de grupos y equipos de fútbol a los que despreciara. Un internado. Mi odio al barbudo habría sido digno de Hamlet (no es que por aquel entonces yo supiera nada de Hamlet).

Stu y Angus se tomaron mil molestias para animarme, pero yo era demasiado desdichado hasta para acordarme de sus nombres. Ni siquiera acepté las gominolas que sacaron de su despensa secreta (y estrictamente prohibida) de golosinas. Cuando mi madre llamó por la noche, no le dejé ninguna duda de que había sacrificado la felicidad de su único hijo a un barbudo desconocido, y colgué con la furibunda certeza de que ella pasaría una noche tan insomne como la mía.

Un internado. La luz se apaga a las ocho y media. Por suerte, había llevado mi linterna. Pasé horas dibujando lápidas con el nombre del barbudo, mientras maldecía por lo duro que estaba el colchón y lo estúpidamente plana que era la almohada.

Sí. Mi primera noche en Salisbury fue bastante sombría. Na-

turalmente, los motivos de mi abismal desdicha eran ridículos, comparados con lo que vino después. Pero ¿cómo iba a suponer que la nostalgia y el barbudo pronto serían la menor de mis preocupaciones? Desde entonces, me he preguntado a menudo si existe algo así como el destino y, en caso de que sí, si es posible evitarlo. ¿Habría ido yo algún día a Salisbury si mi madre no hubiera vuelto a enamorarse? ¿O sin el barbudo jamás habría conocido a Longspee, Ella y Stourton? Quizá.